

## ANTÍGONA. SÓFOCLES

### Lectura nº 1.- El guarda cuenta a Creonte el intento de dar sepultura a Polinices por parte de Antígona. (vv. 408-442)

CREONTE. — ¿Y cómo fue vista y sorprendida?

GUARDIÁN. — La cosa fue de esta manera: cuando hubimos llegado, amenazados de aquel terrible modo por ti, después de barrer toda la tierra que cubría el cadáver y de dejar bien descubierto el cuerpo, que ya se estaba pudriendo, nos sentamos en lo alto de la colina, protegidos del viento, para evitar que nos alcanzara el olor que aquél desprendía, incitándonos el uno al otro vivamente con denuestos, por si alguno descuidaba su tarea. Durante un tiempo estuvimos así, hasta que en medio del cielo se situó el brillante círculo del sol. El calor ardiente abrasaba. Entonces, repentinamente, un torbellino de aire levantó del suelo un huracán —calamidad celeste— que llenó la meseta, destrozando todo el follaje de los árboles del llano, y el vasto cielo se cubrió. Con los ojos cerrados sufríamos el azote divino.

Cuando cesó, un largo rato después, se pudo ver a la muchacha. Lanzaba gritos penetrantes como un pájaro desconsolado cuando distingue el lecho vacío del nido huérfano de sus crías. Así ésta, cuando divisó el cadáver descubierto, prorrumpió en sollozos y tremendas maldiciones para los que habían sido autores de esta acción. En seguida transporta en sus manos seco polvo y, de un vaso de bronce bien forjado, desde arriba cubre el cadáver con triple libación.<sup>1</sup>

Nosotros, al verlo, nos lanzamos, y al punto le dimos caza, sin que en nada se inmutara. La interrogábamos sobre los hechos de antes y los de entonces, y nada negaba. Para mí es, en parte, grato y, en parte, doloroso. Porque es agradable librarse uno mismo de desgracias, pero es triste conducir hacia ellas a los deudos. Ahora bien, obtener todas las demás cosas es para mí menos importante que ponerme a mí mismo a salvo.

### Lectura nº 2.- Creonte se enfrenta a Ismene y Antígona. (vv. 443-581)

CREONTE. — (*Dirigiéndose a Antígona.*) Eh, tú, la que inclina la cabeza hacia el suelo, ¿confirmas o niegas haberlo hecho?

ANTÍGONA. — Digo que lo he hecho y no lo niego.

CREONTE. — (*Al guardián.*) Tú puedes marcharte adonde quieras, libre, fuera de la gravosa culpa. (*A Antígona de nuevo.*) Y tú dime sin extenderte, sino brevemente, ¿sabías que había sido decretado por un edicto que no se podía hacer esto?

ANTÍGONA. — Lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo? Era manifiesto.

CREONTE. — Y, a pesar de ello, te atreviste a transgredir estos decretos?

ANTÍGONA. — No fue Zeus el que los ha mandado publicar, ni la Justicia que vive con los dioses de abajo la que fijó tales leyes para los hombres. No pensaba que tus proclamas tuvieran tanto poder como para que un mortal pudiera transgredir las

---

<sup>1</sup> La triple libación era ritual. La primera era con leche y miel, la segunda con vino dulce y la tercera con agua.

leyes no escritas e inquebrantables de los dioses. Éstas no son de hoy ni de ayer, sino de siempre, y nadie sabe de dónde surgieron. No iba yo a obtener castigo por ellas de parte de los dioses por miedo a la intención de hombre alguno.

Sabía que iba a morir, ¿cómo no?, aun cuando tú no lo hubieras hecho pregonar. Y si muero antes de tiempo, yo lo llamo ganancia. Porque quien, como yo, viva entre desgracias sin cuento, ¿cómo no va a obtener provecho al morir? Así, a mí no me supone pesar alcanzar este destino. Por el contrario, si hubiera consentido que el cadáver del que ha nacido de mi madre estuviera insepulto, entonces sí sentiría pesar. Ahora, en cambio, no me aflijo. Y sí te parezco estar haciendo locuras, puede ser que ante un loco me vea culpable de una locura.

CORIFEO. — Se muestra la voluntad fiera de la muchacha que tiene su origen en su fiero padre. No sabe ceder ante las desgracias.

CREONTE. — Sí, pero sábetelo que las voluntades en exceso obstinadas son las que primero caen, y que es el más fuerte hierro, templado al fuego y muy duro, el que más veces podrás ver que se rompe y se hace añicos. Sé que los caballos indómitos se vuelven dóciles con un pequeño freno. No es lícito tener orgullosos pensamientos a quien es esclavo de los que le rodean.

Esta conocía perfectamente que entonces estaba obrando con insolencia, al transgredir las leyes establecidas, y aquí, después de haberlo hecho, da muestras de una segunda insolencia: ufanarse de ello y burlarse, una vez que ya lo ha llevado a efecto.

Pero verdaderamente en esta situación no sería yo el hombre —ella lo sería—, si este triunfo hubiera de quedar impune. Así, sea hija de mi hermana, sea más de mi propia sangre que todos los que están conmigo bajo la protección de Zeus, ella y su hermana no se librarán del destino supremo. Inculpo a aquélla de haber tenido parte igual en este enterramiento. Llamadla. Acabo de verla adentro fuera de sí y no dueña de su mente. Suele ser sorprendido antes el espíritu traidor de los que han maquinado en la oscuridad algo que no está bien. Sin embargo, yo, al menos detesto que, cuando uno es cogido en fechorías, quisiera después hermopearlas.

ANTÍGONA.- ¿Pretendes algo más que darme muerte, una vez que me has apresado?

CREONTE. — Yo nada. Con esto lo tengo todo.

ANTÍGONA. — ¿Qué te hace vacilar en ese caso? Porque a mí de tus palabras nada me es grato ¡que nunca me lo sea! —, del mismo modo que a ti te desagradan las mías. Sin embargo, ¿dónde hubiera podido obtener yo más gloriosa fama que depositando a mi propio hermano en una sepultura? Se podría decir que esto complace a todos los presentes, si el temor no les tuviera paralizada la lengua. En efecto, a la tiranía le va bien en otras muchas cosas, y sobre todo le es posible obrar y decir lo que quiere.<sup>2</sup>

CREONTE.- Tú eres la única de los Cadmeos que piensa tal cosa.

ANTÍGONA.— Estos también lo ven, pero cierran la boca ante ti.

CREONTE.— ¿Y tú no te avergüenzas de pensar de distinta manera que ellos?

ANTÍGONA.— No considero nada vergonzoso honrar a los hermanos.

CREONTE.— ¿No era también hermano el que murió del otro lado?

ANTÍGONA.— Hermano de la misma madre y del mismo padre.

CREONTE.— ¿Y cómo es que honras a éste con impío agradecimiento para aquél?

---

<sup>2</sup> Frase solemne de aguda crítica al aborrecido régimen de la tiranía. No es una referencia aislada en la época clásica.

ANTÍGONA.— No confirmará eso el que ha muerto.

CREONTE.— Sí, sí le das honra por igual que al impío.

ANTÍGONA.— No era un siervo, sino su hermano, el que murió.

CREONTE.— Por querer asolar esta tierra. El otro, enfrente, la defendía.

ANTÍGONA.— Hades, sin embargo, desea leyes iguales.

CREONTE.— Pero no que el bueno obtenga lo mismo que el malvado.

ANTÍGONA.— ¿Quién sabe si allá abajo estas cosas son las piadosas?

CREONTE.— El enemigo nunca es amigo, ni cuando muera.

ANTÍGONA.— Mí persona no está hecha para compartir el odio, sino el amor.

CREONTE.— Vete, pues, allá abajo para amarlos, si tienes que amar, que, mientras yo viva, no mandará una mujer.

*(Sale Ismene entre dos esclavos.)*

CORIFEO.— He aquí a Ismene, ante la puerta, derramando fraternas lágrimas. Una nube sobre sus cejas afea su enrojecido rostro, empapando sus hermosas mejillas.

CREONTE.— Tú, la que te deslizaste en mi casa como una víbora, y me bebías la sangre sin yo advertirlo. No sabía que alimentaba dos plagas que iban a derrumbar mi trono. Ea, dime, ¿vas a afirmar haber participado también tú en este enterramiento, o negarás con un juramento que lo sabes?

ISMENE.— He cometido la acción, si ésta consiente; tomo parte en la acusación y la afronto.

ANTÍGONA.— Pero no te lo permitirá la justicia, ya que ni tú quisiste ni yo me asocié contigo.

ISMENE.— En estas desgracias tuyas, no me avergüenzo de hacer yo misma contigo la travesía de esta prueba.

ANTÍGONA.— De quién es la acción, Hades y los dioses de abajo son testigos. Yo no amo a uno de los míos, si solo de palabra ama.

ISMENE.— ¡Hermana, no me prives del derecho a morir contigo y de honrar debidamente al muerto!

ANTÍGONA.— No quieras morir conmigo, ni hagas cosa tuya aquello en lo que no has participado. Será suficiente con que yo muera.

ISMENE.— ¿Y qué vida me va a ser grata, sí me veo privada de ti?

ANTÍGONA.— Pregunta a Creonte, ya que te eriges en defensora suya.

ISMENE.— ¿Por qué me mortificas así, cuando en nada te aprovecha?

ANTÍGONA.— Con dolor me río de ti, sí es que lo hago.

ISMENE. Pero, ¿en qué puedo aún serte útil ahora?

ANTÍGONA.— Sálvate tú. No veo con malos ojos que te libres.

ISMENE.— ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Y no alcanzaré tu destino?

ANTÍGONA.— Tú has elegido vivir y yo morir.

ISMENE.— Pero no sin que yo te diera mis consejos.

ANTÍGONA.— A unos les parece tú sensata, yo a otros<sup>3</sup>.

ISMENE.— Las dos, en verdad, tenemos igual falta.

ANTÍGONA.— Tranquilízate: tú vives, mientras que mi alma hace rato que ha muerto por prestar ayuda a los muertos.

---

<sup>3</sup> Ismene se lo parecía a Creonte, Antígona a Polinices y a los que ya estaban en el Hades.

CREONTE.— Afirmo que estas dos muchachas han perdido el juicio, la una acaba de manifestarlo, la otra desde que nació.

ISMENE. — Nunca, señor, perdura la sensatez en los que son desgraciados, ni siquiera la que nace con ellos, sino que se retira.

CREONTE.— En ti por lo menos, cuando has preferido obrar iniquidades junto a malvados.

ISMENE.— ¿Y qué vida es soportable para mí sola, separada de ella?

CREONTE.— No digas «ella: no existe ya.

ISMENE.— ¿Y vas a dar muerte a la prometida de tu propio hijo?

CREONTE.— También los campos de otras se pueden arar.

ISMENE.—No con la armonía que reinaba entre ellos dos.

CREONTE.— Odio a las mujeres perversas para mis hijos.

ANTÍGONA.— ¡Oh queridísimo Hemón! ¡Cómo te deshonor tu padre!

CREONTE.— Demasiadas molestias me producís tú y tu matrimonio.

CORIFEEO.— ¿Vas a privar, en verdad, a tu hijo de ésta?

CREONTE.— Hades será quien haga cesar estas bodas por mí.

CORIFEEO.— Está decidido, a lo que parece, que muera.

CREONTE.— Tanto en tu opinión como en la mía. No más dilaciones. Ea, esclavas, llevadlas dentro. Preciso es que estas mujeres estén encerradas y no sueltas. Pues incluso los más animosos intentan huir cuando ven a Hades cerca ya de su vida.

*(Entran en palacio todos.)*

Lectura nº 3.- Monólogo de Antígona que se ha deshecho una vez que ha conocido la condena. (vv 892 – 929)

ANTÍGONA.— ¡Oh tumba, oh cámara nupcial, oh habitáculo bajo tierra que me guardará para siempre, adonde me dirijo al encuentro con los míos, a un gran número de los cuales, muertos, ha recibido ya Perséfone! De ellos yo descendo la última y de la peor manera con mucho, sin que se haya cumplido mí destino en la vida.

Sin embargo, al irme, alimento grandes esperanzas de llegar querida para mi padre y querida también para ti, madre, y para ti, hermano, porque, cuando vosotros estabais muertos, yo con mis manos os lavé y os dispuse todo y os ofrecí las libaciones sobre la tumba.

Y ahora, Polinices, por ocultar tu cuerpo, consigo semejante trato. Pero yo te honré debidamente en opinión de los sensatos. Pues nunca, ni aunque hubiera sido madre de hijos, ni aunque mi esposo muerto se estuviera corrompiendo, hubiera tomado sobre mí esta tarea en contra de la voluntad de los ciudadanos.

¿En virtud de qué principio hablo así? Si un esposo se muere, otro podría tener, y un hijo de otro hombre si hubiera perdido uno, pero cuando el padre y la madre están ocultos en el Hades no podría jamás nacer un hermano. Y así, según este principio, te he distinguido yo entre todos con mis honras, que parecieron a Creonte una falta y un terrible atrevimiento, oh hermano.

Y ahora me lleva, tras cogerme en sus manos, sin lecho nupcial, sin canto de bodas, sin haber tomado parte en el matrimonio ni en la crianza de hijos, sino que, de este modo, abandonada por los amigos, infeliz, me dirijo viva hacia los sepulcros de los muertos. ¿Qué derecho de los dioses he transgredido? ¿Por qué tengo yo, desventurada, que dirigir mi mirada ya hacia los dioses? ¿A quién de los aliados me es

posible apelar? Porque con mi piedad he adquirido fama de impía. Pues bien, si esto es lo que está bien entre los dioses, después de sufrir, reconoceré que estoy equivocada. Pero si son éstos los que están errados, ¡que no padezcan sufrimientos peores que los que ellos me infligen injustamente a mí!

**Lectura nº 4.- El mensajero relata lo ocurrido a Eurídice que va a provocar la entrada de ella a palacio para terminar con su vida. (vv.1192- 1244)**

MENSAJERO. — Yo, querida dueña, por estar presente hablaré y no omitiré nada que sea verdad. Pues, ¿por qué iba yo a mitigarte cosas por las que más adelante quedaríamos como mentirosos? La verdad prevalece siempre. Yo acompañé en calidad de guía a tu esposo hasta lo alto de la llanura, donde yacía aún destrozado por los perros, sin obtener compasión, el cuerpo de Polinices.

Después de suplicar a la diosa protectora del camino<sup>4</sup> y a Plutón que contuvieran su cólera y resultaran benévolos, y tras lavarle con agua purificada, entre todos quemamos con ramas recién cortadas lo que había quedado de él y levantamos un elevado túmulo de tierra materna. A continuación nos introducimos en la pétreo gruta, cámara nupcial de Hades para la muchacha. Alguien oye desde lejos un sonido de agudos plañidos en torno al tálamo privado de ritos funerarios, y, acercándose, lo hace notar al rey Creonte. Éste, al aproximarse más aún, escucha también confusos gemidos de un funesto clamor y, entre lamentos, lanza estas desgarradoras palabras: « ¡Ay, infortunado de mí! ¿Soy acaso un adivino? ¿Estoy recorriendo tal vez el más desdichado camino de los que he recorrido? La voz de mi hijo me recibe. Ea, criados, llegaos más cerca rápidamente y, una vez que os coloquéis junto a la tumba, mirad, introduciéndoos en el mismo orificio por la abertura producida al apartar la piedra del túmulo, si estoy escuchando la voz de Hemón o si estoy engañado por los dioses.»

Miramos, según nos lo ordenaba nuestro abatido dueño, y vimos a la joven en el extremo de la tumba colgada por el cuello, suspendida con un lazo hecho del hilo de su velo, y a él, adherido a ella, rodeándola por la cintura en un abrazo, lamentándose por la pérdida de su prometida muerta por las decisiones de su padre, y sus amargas bodas.

Creonte, cuando le vio, lanzando un espantoso gemido, avanza al interior a su lado y le llama prorrumpiendo en sollozos: «Oh desdichado, ¿qué has hecho? ¿Qué resolución has tomado? ¿En qué clase de desastre has sucumbido? Sal, hijo, te lo pido en actitud suplicante.» Pero el hijo, mirándole con fieros ojos, le escupió en el rostro y, sin contestarle, tira de su espada de doble filo. No alcanzó a su padre, que había dado un salto hacia delante para esquivarlo. Seguidamente, el infortunado, enfurecido consigo mismo como estaba, echó los brazos hacia adelante y hundió en su costado la mitad de su espada. Aún con conocimiento, estrecha a la muchacha en un lánguido abrazo y, respirando con esfuerzo, derrama un brusco reguero de gotas de sangre sobre su pálida faz. Yacen así, un cadáver sobre otro, después de haber obtenido sus ritos nupciales en la casa de Hades y después de mostrar que entre los hombres la irreflexión es, con mucho, el mayor de los males humanos.

*(Eurídice entra en palacio sin pronunciar palabra)*

---

<sup>4</sup> Hécate, diosa de los caminos que preside la magia y los hechizos. Recibe culto en las encrucijadas, y tenía muchas estatuas dedicadas a ella en los campos.